

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

Si Scires Donum Dei...

“Que la pureza de consciencia remueva el velo de la faz de tu alma para que al contemplar la gloria del Señor, como en un espejo, puedas ser transformado de gloria en gloria, en Jesucristo Nuestro Señor. A Él la gloria por los siglos de los siglos. Amén!”

—De la Catequesis de Jerusalén



La enorme ola se detuvo

El 31 de enero de 1906, en la pequeña isla de Tumaco, en Colombia, a las 10 de la mañana, la tierra tembló violentamente durante casi diez minutos. Los habitantes de la aldea corrieron a la iglesia y le pidieron al párroco, el Padre Gerardo Larrondo, que encabezara una procesión con el Santísimo Sacramento. El mar estaba subiendo y ya había engullido buena parte de la playa. Se había adentrado kilómetro y medio y se había acumulado una enorme pared de agua que amenazaba con sumergir a todos y todo dentro de una ola gigantesca.

El Padre Gerardo consumió las pequeñas Hostias contenidas en el copón y apartó la Hostia grande. Entonces hizo este llamado al pueblo: "Vamos, pueblo mío. Vamos hacia la playa y que Dios tenga piedad de nosotros." Confortados por la Presencia Real de Cristo Eucaristía comenzaron la marcha, llorando y clamando a Dios.

Apenas llegaron a la playa, el Padre Larrondo se adelantó con valentía hacia la orilla del agua, llevando la custodia en sus manos. Cuando la gran ola amenazaba con precipitarse, él tranquilamente elevó la Sagrada Hostia e hizo el signo de la Cruz. Fue un momento de gran solemnidad.



Entonces sucedió algo increíble: la ola vaciló, se detuvo por una fracción de segundo y después retrocedió totalmente. El Padre Larrondo y el Padre Julian que estaba a su lado escucharon a la gente exclamar con alegría: "¡Milagro, milagro!"

Y así fue en verdad, porque prevaleció una fuerza mas poderosa que la naturaleza. La imponente pared

de agua que había amenazado con borrar el poblado de Tumaco de la faz de la tierra se detuvo y comenzó a retroceder, mientras el mar recuperaba su nivel. Los habitantes del pueblo se llenaron de alegría por haber sido salvados de la muerte gracias a un favor especialísimo de Jesús Sacramentado. Oraciones fervientes de acción de gracia brotaron de los corazones de todos los presentes.

El milagro de Tumaco se difundió alrededor del mundo y el Padre Larrondo solía recibir cartas incluso de Europa, solicitando sus oraciones.

Tomado y traducido de un folleto publicado por Instituto San Clemente, I Papa e Martire / Real Presence Eucharistic Education and Adoration Association.

Oh Dios, nosotros creemos que Tú estás aquí. Te adoramos y Te amamos con toda nuestra alma y todo nuestro corazón... Deseamos amarte como lo hacen los Santos en el Cielo... Llena nuestras almas con Tu Espíritu y Tu vida. Penetra y posee todo nuestro ser, para que en nuestra vida te irradiemos sólo a Ti. Brilla a través de nosotros y quédate en nosotros, que todos aquellos con los que entremos en contacto sientan Tu presencia en nuestra alma. ¡Haz que cuando nos miren sólo vean a Jesús!

—Madre Teresa de Calcuta

CRISTO, REALMENTE PRESENTE ENTRE NOSOTROS

“Dios, infinitamente Perfecto y Bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida bienaventurada. Por eso, en todo tiempo y en todo lugar, está cerca del hombre” (CIC §1).

Por amor puro y desinteresado que es Su esencia misma, Dios creó el universo para que nosotros pudiéramos existir y disfrutar Su amor por siempre. Con este fin, Él se reveló al mundo entero a través de un “pueblo escogido”; estableció una alianza de amor con ellos y, finalmente cumplió Su pacto al enviar a Su Hijo eterno que nació, vivió, murió, resucitó y ascendió a los cielos para que nosotros pudiéramos ser salvados del pecado y unirnos a Dios.

Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios continuó Su presencia y Su obra entre nosotros al designar a Sus apóstoles y establecer la Iglesia, Su Cuerpo Místico. Dios hizo todo esto por una razón: por la unión de amor con nosotros la cual se logra mas perfectamente en esta vida en la Eucaristía.

La Eucaristía descansa en la autoridad de Cristo que la instituyó (cf. *Lc 22,1420*). “... Fiel a la orden del Señor, la Iglesia continúa haciendo, en memoria de Él hasta su retorno glorioso, los que Él hizo la víspera de su pasión: ‘Tomó pan...’, ‘tomó el cáliz lleno de vino...’” (CIC §1333).

Los que rechazan lo que la Iglesia enseña y hace, lo sepan o no, rechazan en realidad lo que Cristo enseña y hace. Y es que el credo, el culto y el código de la Iglesia –su teología, liturgia y moral– son todos en nombre de Cristo, quien dijo a los apóstoles: “El que los escucha a ustedes, a mí me escucha...” (*Lc 10,16*).

La Eucaristía siempre ha sido motivo de controversia y división como lo fue Cristo. Y esto es sumamente irónico, pues la Eucaristía es el sacramento de la unión con Cristo y, por Él (“un solo pan”) con todo Su Cuerpo, la Iglesia (“un solo cuerpo”).

Como sacramento, la Eucaristía tiene un doble aspecto: es tanto un signo como la realidad significada por él, tanto un memorial del pasado como un hacer realmente presente: “... Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, hace memoria de la Pascua de Cristo y ésta se hace presente: el sacrificio que Cristo ofreció de una vez para siempre en la Cruz, permanece siempre actual...” (CIC §1364).

Aquí convergen los tres significados de “presente: Cristo en la Eucaristía está 1) presente, no ausente, sino realmente aquí; 2) presente, no como algo que pasó, sino que ocurre ahora; y 3) presente como un don (un “presente”), que se da realmente, que se ofrece totalmente sin retener nada para Sí.



Imagina, por un momento que vivimos en tiempos de Jesús y Él nos invita a visitarlo para conocerlo mejor. Conscientes de Quién es Jesús, cuán honrados nos sentiríamos por esta invitación. Tú y yo pondríamos todo nuestro esfuerzo, todo nuestro ser, para estar con Él.

La buena noticia es que Jesús esta hoy aquí con nosotros –Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad– en la Sagrada Eucaristía. Aunque viene bajo las apariencias del pan y del vino, Su presencia es tan real como lo fue para Sus discípulos cuando caminó por esta tierra.

Él puede hacer milagros, sanarnos, enseñarnos, amarnos. Nosotros podemos hablarle y Él nos habla a través de Su Palabra y del Espíritu Santo que habita en nosotros por medio de nuestro bautismo y confirmación.

Jesús, que es Amor, nos invita a estar con Él, a compartir nuestra vida con Él, a amarlo y a simplemente estar con Él en el Santísimo Sacramento del Altar.

¿Aceptas Su invitación?

“Cristo Jesús que murió, resucitó, que está a la derecha de Dios e intercede por nosotros (*Rm 8,34*), está presente de múltiples maneras en su Iglesia; en su Palabra, en la oración de su Iglesia, ‘allí donde dos o tres estén reunidos en mi nombre’ (*Mt 18,20*), en los pobres, en los enfermos, en los presos, en los sacramentos de los que Él es autor, en el sacrificio de la Misa y en la persona del ministro. Pero, **‘sobre todo** (está presente) **bajo las especies eucarísticas’.**”

¿Podría sorprendernos entonces que Cristo, presente en el Santísimo Sacramento del Altar, realice milagros tanto o más portentosos que los que realizó durante su vida en la tierra?

¿Hace cuánto que no te acercas a adorar a Jesús Sacramentado?

Dios ya hizo Su parte para redimirnos del mal. Él se hizo hombre y derramó hasta la última gota de Su sangre... Ahora nos toca a nosotros:

¡Adoremos a Cristo que murió por amor a nosotros que sigue presente con nosotros en el Santísimo Sacramento del Altar!